

Medellín: una propuesta responsable Prescribe a la Iglesia lo que propone a la sociedad

Pedro Trigo, S. J.
Caracas, Venezuela

Invito a leer los documentos de Medellín desapasionadamente. En ellos se desarrollan pormenorizadamente las reformas que necesita la Iglesia y en ellas se encuentra la verdad de sus propuestas para la sociedad latinoamericana. Por eso, ocupan la mayor parte de lo que decidió la asamblea. Los obispos prescribieron pormenorizadamente para la Iglesia, de la cual eran líderes y responsables, lo mismo que propusieron para la sociedad, de la cual también formaban parte solidariamente. Ese fue el modo de concretar el objetivo y el tema de la asamblea, que sirve de título a sus conclusiones: *La Iglesia en la actual transformación de América Latina a la luz del Concilio*¹.

Esta actitud supera dos posturas polares. La primera, decir a otros, en este caso, a la sociedad latinoamericana, y decírselo con todo entusiasmo e incluso urgiéndolos con autoridad, que haga lo que ellos no hacen. Piensan que lo que les toca es decir a los otros lo que tienen que hacer, sin hacerlo ellos también, como sujetos responsables. La otra actitud es despreocuparse de la sociedad a la cual pertenecen y atenerse únicamente a su condición de eclesiásticos y, por tanto, limitarse a hablar a los cristianos. También en este caso, entienden que cumplen con su deber diciendo lo que hay que hacer, sin hacerlo ellos como cristianos que son. Así, pues, los obispos en Medellín dicen a otros lo que, en primer lugar, se dicen ellos a sí mismos y lo dicen porque se comprometen a hacerlo. Su autoridad dimana de aquí y no solo de su representatividad.

1. Segunda Conferencia General del Episcopado Latinoamericano, *La Iglesia en la actual transformación de América Latina a la luz del Concilio. II Conclusiones* (Bogotá: Secretariado General del Celam, 1968).

Los obispos presentan propuestas a la sociedad y a la Iglesia, y toman decisiones, porque están dispuestos a ejecutarlas. Por eso, declaran expresamente que la asamblea sintió que aquello que decía al continente, ella estaba llamada a hacerlo. Los obispos se sintieron comprometidos no solo como ciudadanos, sino también como responsables de la comunidad cristiana. “Esta asamblea fue invitada a ‘tomar decisiones y a establecer proyectos, solamente si estábamos dispuestos a ejecutarlos como compromiso personal nuestro, aun a costa de sacrificio’” (Introducción, 3).

Por eso, el llamado a “inspirar, alentar y urgir un orden nuevo de justicia que incorpore a todos los hombres en la gestión de las propias comunidades” (Mensaje), queda validado al urgirlo también en la propia Iglesia: “El Pueblo de Dios en América Latina, siguiendo el ejemplo de Cristo, deberá hacer frente con audacia y valentía al egoísmo, a la injusticia personal y colectiva” (2, 14).

Así, pues, lo que la asamblea de obispos latinoamericanos propone al continente, lo propone igualmente, pero con más énfasis, a todo el pueblo de Dios, no solo de manera individual, sino también de manera organizada; no solo por formar parte de la región, sino porque, además de la situación, Dios lo demanda expresamente.

Dicho de otra manera, los obispos se identifican, en primer lugar, con su condición de cristianos y de ciudadanos. Entienden que su condición de dirigentes es un oficio inherente a su condición primordial de cristianos y de ciudadanos. Por tanto, lo que dicen a los ciudadanos y a los cristianos latinoamericanos, se lo dicen, en primer lugar, a sí mismos.

Por eso, los obispos y, más en general, los cristianos que, ateniéndose a lo expresado en los documentos, se atrevieron a llevar a cabo esta reconversión institucional en la Iglesia, fueron los mismos que se comprometieron resueltamente con su situación. De esa reforma eclesial, nacida de la conversión, sacaron energías y autoridad para sus propuestas sociales.

De ahí brotó un núcleo perseverante y abierto: el pueblo cristiano convertido, entrenado en la participación y comprometido, como discípulo de Cristo, en pasar de condiciones de vida menos humanas a otras más humanas, en todos los sentidos (*cf.* Introducción, 1). Este núcleo, desde la organización y la participación, se esforzó por introducir las transformaciones necesarias para alcanzar ese objetivo.

1. Justificación teórica de esta correspondencia

La justificación teórica de esta correspondencia es que el cristianismo, aunque tenga una dimensión religiosa, no es una religión, en el sentido de ser un área de la realidad adecuadamente distinta de las demás, como lo son, por ejemplo, las religiones neolíticas: templos-sacerdotes-sacrificios.

Jesús se ha encarnado en la humanidad y, de esa manera, se ha hecho uno de nosotros. Específicamente, se ha hecho nuestro hermano y nos lleva en el corazón. A través de Él, Dios ha echado la suerte con la humanidad y está vinculado a ella completamente. Y la humanidad, a su vez, no se entiende adecuadamente sin referencia a él, no solo como Creador, sino también como Padre que, a través de su Hijo único, se ha hecho para siempre nuestro hermano.

El documento sobre la catequesis destaca esta unidad entre el cristianismo y la humanidad.

Sin caer en confusiones o en identificaciones simplistas, se debe manifestar siempre la unidad profunda que existe entre el proyecto salvífico de Dios, realizado en Cristo, y las aspiraciones del hombre; entre la historia de la salvación y la historia humana; entre la Iglesia, Pueblo de Dios, y las comunidades temporales; entre la acción reveladora de Dios y la experiencia del hombre; entre los dones y carismas sobrenaturales y los valores humanos (8, 4).

Por eso, ya en la Introducción, los obispos subrayan que

Así como otrora Israel, el primer Pueblo, experimentaba la presencia salvífica de Dios cuando lo liberaba de la opresión de Egipto, cuando lo hacía pasar el mar y lo conducía hacia la tierra de la promesa, así también nosotros, nuevo Pueblo de Dios, no podemos dejar de sentir su paso que salva, cuando se da “el verdadero desarrollo”, que es el paso, para cada uno y para todos, de condiciones de vida menos humanas, a condiciones más humanas (6).

El documento especifica detalladamente, tanto lo que entiende como no humano, como lo que considera más humano, esto último, en una gradación, que concluye en “la fe, don de Dios acogido por la buena voluntad de los hombres, y la unidad en la caridad de Cristo, que nos llama a todos a participar como hijos, en la vida del Dios vivo, Padre de todos los hombres” (*ibid.*).

Así, pues, tanto los cristianos como los no cristianos latinoamericanos, tanto los ciudadanos como los cristianos latinoamericanos, estamos todos llamados a superar las condiciones de vida menos humanas y a adquirir gradualmente las más humanas. Por eso, lo que se dice a unos, se dice también a los otros, o a los mismos, bajo los dos aspectos.

Esto es lo que significa que la Iglesia —el pueblo de Dios, los cristianos— es el sacramento de la unidad de la humanidad. La unidad definitiva de la humanidad, como la familia de las hijas y los hijos de Dios, acontece en Jesús de Nazaret, ya que solo en él somos hermanos, en el sentido más denso y real del término. Los cristianos conocemos ese destino último y definitivo de la humanidad, el cual rebasa completamente a la Iglesia visible, y nos dedicamos con toda el alma a transmitirlo vitalmente, haciéndonos hermanos de todos y

comunicando esa buena nueva. Por eso, lo que la conferencia dice a todos los latinoamericanos, lo dice de modo equivalente a los cristianos, ya que esto es una especificación de aquello y está a su servicio.

2. La violencia institucionalizada

Los obispos perciben la violencia institucionalizada como ciudadanos, pero en cuanto cristianos la califican como una situación de pecado. El análisis social les revela la miseria generalizada como una injusticia que clama al cielo. “Existen muchos estudios sobre la situación del hombre latinoamericano. En todos ellos se describe la miseria que margina a grandes grupos humanos. Esa miseria, como hecho colectivo, es una injusticia que clama al cielo” (1, 1). Lo grave es que esa injusticia, que violenta las relaciones, proviene de la manera como está organizada la sociedad. La misma institucionalización es violenta.

América Latina se encuentra, en muchas partes, en una situación de injusticia que puede llamarse de violencia institucionalizada cuando, por defecto de las estructuras de la empresa industrial y agrícola, de la economía nacional e internacional, de la vida cultural y política, “poblaciones enteras faltas de lo necesario, viven en una tal dependencia que les impide toda iniciativa y responsabilidad, lo mismo que toda posibilidad de promoción cultural y de participación en la vida social y política” (*Populorum progressio*, 30), violándose así derechos fundamentales (2, 16).

Así, pues, la violencia institucional contiene los siguientes elementos, que interactúan entre ellos: la miseria, la dependencia y la imposibilidad de tomar iniciativas y de promoverse.

Según la calificación cristiana de este estado de cosas, no solo se dan pecados personales, sino que estos configuran un pecado estructural, esto es, una situación de pecado. “Al hablar de una situación de injusticia nos referimos a aquellas realidades que expresan una situación de pecado” (2, 1).

La situación de pecado configura, según los obispos, un orden social que rechaza a Dios, porque las mayorías se ven imposibilitadas de pasar de condiciones menos humanas a otras más humanas, es decir, de no tener sus necesidades básicas cubiertas a poder satisfacerlas como sujetos, por su propio trabajo y por la participación en los diversos niveles de vida social y política. Se trata de convivir fraternalmente, en virtud de la fraternidad de los hijos de Dios y, por tanto, reconociéndolo como Padre común. Según los obispos, la imposibilidad de emprender esos procesos, a causa del estado de cosas, implica, nada menos, que ese orden social rechaza al propio Dios, al rechazar su don de la paz, fruto de la justicia. En efecto, la paz

supone y exige la instauración de un orden justo en el que los hombres puedan realizarse como hombres, en donde su dignidad sea respetada, sus legítimas

aspiraciones satisfechas, su acceso a la verdad reconocido, su libertad personal garantizada. Un orden en el que los hombres no sean objetos, sino agentes de su propia historia. Allí, pues, donde existen injustas desigualdades entre hombres y naciones se atenta contra la paz (2, 14).

La paz con Dios es el fundamento último de la paz interior y de la paz social. Por lo mismo, allí donde dicha paz social no existe; allí donde se encuentran injustas desigualdades sociales, políticas, económicas y culturales, hay un rechazo del don de la paz del Señor; más aún, un rechazo del Señor mismo (2, 14).

Así, pues, la violencia regional no proviene, según los obispos, de aquellos a quienes el orden social califica de violentos, como los hampones, las bandas organizadas o la guerrilla política, que busca la justicia por las armas por juzgar que no existe otro camino. Sino de la organización social, que violenta los derechos fundamentales de las personas. En consecuencia, sus responsables económicos y políticos son los violentos por antonomasia. La sociedad latinoamericana no es, tal como se pretendía en esa época, una sociedad occidental y cristiana, porque quienes han creado y usufructúan esas estructuras rechazan a Dios. Este rechazo no se da solo, ni principalmente, en el incumplimiento de los deberes religiosos, sino, sobre todo, en la negación de la fraternidad, porque al negarla, también niega a Dios como Padre común².

Conviene anotar que la violencia institucionalizada como hecho masivo es mucho más patente en la América Latina actual que en la de 1968. Tanto en países con un déficit institucional, como Venezuela, México, Honduras o Guatemala, como en países donde una institucionalidad rígida y fortísimamente asimétrica violenta a la ciudadanía, como en Chile. En Brasil y Colombia, se combinan ambas formas.

Por eso, los obispos hacen un llamado urgente a sus conciudadanos latinoamericanos: “Quisiéramos dirigir nuestro llamado, en primer lugar, a los que tienen una mayor participación en la riqueza, en la cultura o en el poder”, para que no se opongan “a las transformaciones profundas que son necesarias”. En caso contrario, “Si se retienen celosamente sus privilegios”, se hacen responsables ante la historia de provocar un estado de violencia generalizada. No solo son responsables de los estallidos de violencia, sino también de la violencia cotidiana de las relaciones injustas. “De su actitud depende, pues, en gran parte el porvenir pacífico de los países de América Latina” (2, 17).

2. “La Iglesia habla: Latinoamérica, ¿paz o violencia institucionalizada?” es el N° 1 del *Curso latinoamericano de cristianismo*, editado por el Centro Gumilla en 1974, que analiza el contexto de Medellín, el sentido de su propuesta y la dificultad de materializarse tras cinco años.

Son, también, responsables de la injusticia, todos los que no actúan en favor de la justicia con los medios de que disponen, y permanecen pasivos por temor a los sacrificios y a los riesgos personales que implica toda acción audaz y verdaderamente eficaz (2, 18).

Finalmente, se dirigen “a aquellos que, ante la gravedad de la injusticia y las resistencias ilegítimas al cambio, ponen su esperanza en la violencia”. Ante esta realidad, los obispos proponen:

Si consideramos, pues, el conjunto de las circunstancias de nuestros países, si tenemos en cuenta la preferencia del cristiano por la paz, la enorme dificultad de la guerra civil, su lógica de violencia, los males atroces que engendra, el riesgo de provocar la intervención extranjera por legítima que sea, la dificultad de construir un régimen de justicia y de libertad partiendo de un proceso de violencia, ansiamos que el dinamismo del pueblo concientizado y organizado se ponga al servicio de la justicia y de la paz (2, 19).

Mucha sangre se habría evitado si quienes se negaron al cambio, hubieran dirigido su empeño en la dirección señalada por los obispos.

Asimismo, piden a los cristianos asumir su responsabilidad.

Ante una situación que atenta tan gravemente contra la dignidad del hombre y por lo tanto contra la paz, nos dirigimos, como pastores, a todos los miembros del pueblo cristiano para que asuman su grave responsabilidad en la promoción de la paz en América Latina (2, 16).

Más en concreto, “el Pueblo de Dios en América Latina, siguiendo el ejemplo de Cristo, deberá hacer frente con audacia y valentía al egoísmo, a la injusticia personal y colectiva” (2, 14). La Iglesia tiene que “defender, según el mandato evangélico, los derechos de los pobres y oprimidos” (2, 22).

La tarea esencial del obispo es, por eso, “poner a su pueblo en condiciones de testimonio evangélico de vida y acción” (15, 17). Hacia eso se encaminan las diversas expresiones de la pastoral. “Hacer que nuestra predicación, catequesis y liturgia tengan en cuenta la dimensión social y comunitaria del cristianismo” (2, 24); que “En nuestros colegios, seminarios y universidades se forme un sano sentido crítico de la situación social y se fomente la vocación de servicio” (2, 25). Asimismo,

Promuévase una genuina espiritualidad de los laicos a partir de su propia experiencia de compromiso en el mundo, ayudándoles a entregarse a Dios en el servicio de los hombres y enseñándoles a descubrir el sentido de la oración y de la liturgia como expresión y alimento de esa doble recíproca entrega (10, 17).

Estas prescripciones son hoy más actuales que entonces. Pero, desgraciadamente, no encuentran eco en muchos de los responsables de la institución eclesial.

3. La alternativa: la conversión

La alternativa a la injusticia estructural, equivalente a una violencia institucionalizada, y al recurso a las armas para vencer esa injusticia no puede consistir, según los obispos, en un cambio político y de las estructuras económicas. Esos cambios no podrán darse si no existe un sujeto interesado en ellos y capacitado para llevarlos a cabo. “No tendremos un continente nuevo sin nuevas y renovadas estructuras; sobre todo, no habrá continente nuevo sin hombres nuevos, que a la luz del Evangelio sepan ser verdaderamente libres y responsables” (1, 3). Así, pues, hay que llegar a las estructuras, pero se debe comenzar por la renovación personal. Este debiera ser el empeño fundamental de la Iglesia y de todos los cristianos.

El desarrollo, según Medellín, no puede ser humano, si cada uno de los seres humanos no participa, en un esfuerzo mancomunado. Por eso, los documentos insisten en el proceso de personalización y de toma de conciencia. Es necesario educar la conciencia en sus distintas dimensiones, en especial, en la social y la política.

En Medellín, los obispos descubren las huellas de la imagen de Dios como un potente dinamismo y, más aún, la presencia activa del Espíritu, en aquellos que caminan “hacia una más profunda personalización y cohesión fraternal” (Introducción, 4). Este signo de la presencia de Dios es, a su vez, una exigencia para colaborar con él. Para los obispos, al igual que para el concilio, la presencia actuante del Espíritu de Dios no está restringida a los cristianos ni, menos aún, a las manifestaciones religiosas, sino que tiende a la humanización integral, donde se conjuga la personalización con la relación fraterna. A eso animan a todos los latinoamericanos.

De manera muy particular, los obispos animan a los educadores, pues la educación “ha de anticipar el nuevo tipo de sociedad que buscamos en la personalización de las nuevas generaciones, profundizando la conciencia de su dignidad humana, favoreciendo su libre autodeterminación y promoviendo su sentido comunitario” (4, 8). La educación no debe contentarse con proporcionar solo los contenidos demandados por la economía, para que los educandos escalen puestos en ella. Ni mucho menos puede dedicarse a introducir a los educandos en la lucha por la vida, conforme a los parámetros del liberalismo reinante. La educación debe preparar para la sociedad alternativa, a través de la personalización, fomentando la libertad y afincándola en la conciencia de su dignidad. De esa manera, la personalización se expresará en el sentido comunitario, tal como los obispos habían insistido antes, a propósito de la cohesión fraterna.

En el documento sobre la juventud, los obispos hacen notar su “tendencia a la personalización, conciencia de sí mismos, creatividad” (5, 9). Pero como perciben resistencias estructurales, insisten analíticamente en las características de ese proceso de personalización tan necesario:

La necesidad de elaborar una pedagogía orgánica de la juventud, a través de la cual se estimulen en los jóvenes una sólida formación humana y cristiana y los esfuerzos por forjarse una auténtica personalidad. Personalidad que los capacite, por una parte, para asimilar con criterios lúcidos y verdadera libertad, todos los elementos positivos de las influencias que reciben a través de los distintos medios de comunicación social y que les permita, por otra, hacer frente al proceso de despersonalización y masificación que acecha de modo particular a la juventud. Pedagogía que eduque también en el sentido (valor y relatividad) de lo institucional (5, 14).

Los obispos rechazan la sacralización del orden establecido, pero sin demonizarlo. Creen que se debe educar en el valor de las instituciones, pero también en su carácter relativo; creen que se debe enseñar a discernir los contenidos de los medios de comunicación para asumir lo positivo, sin volverse adicto a lo negativo. Y creen que ello exige una sólida formación de la personalidad, porque se debe hacer frente al proceso de despersonalización y masificación, en el cual se empeña el orden establecido para someter a sus dictados a quienes se inician.

Asociado al proceso de personalización del pueblo latinoamericano se encuentra la "creciente toma de conciencia de los sectores oprimidos" (2, 7), tanto de sí mismos como de la realidad en la cual viven. Esta toma de conciencia de su situación "provoca en amplios sectores de la población latinoamericana actitudes de protesta y aspiraciones de liberación, desarrollo y justicia social" (10, 2).

De ahí se deduce el compromiso de los cristianos, incluso la necesidad, de educar la conciencia, en sus distintas dimensiones, pero sobre todo, en la social y la política. Los obispos asumen esto como tarea propia.

A nosotros, pastores de la Iglesia, nos corresponde educar las conciencias, inspirar, estimular y ayudar a orientar todas las iniciativas que contribuyen a la formación del hombre. Nos corresponde también denunciar todo aquello que, al ir contra la justicia, destruye la paz [...] En este espíritu creemos oportuno [despertar] en los hombres y en los pueblos, principalmente con los medios de comunicación social, una viva conciencia de justicia, infundiéndoles un sentido dinámico de responsabilidad y solidaridad (2, 20-21).

Los obispos unen la formación de la conciencia social con los hábitos comunitarios, de manera que se amplíe la percepción de la realidad y se haga más fluida la colaboración.

Deseamos afirmar que es indispensable la formación de la conciencia social y la percepción realista de los problemas de la comunidad y de las estructuras sociales. Debemos despertar la conciencia social y los hábitos comunitarios en todos los medios y grupos profesionales, ya sea en lo que respecta al diálogo y vivencia comunitaria dentro del mismo grupo, ya sea en sus relaciones con grupos sociales más amplios (obreros, campesinos, profesionales

liberales, clero, religiosos, funcionarios) [...] Esta tarea de concientización y de educación social deberá integrarse en los planes de Pastoral de conjunto en sus diversos niveles (1, 17).

La labor de concientización, abierta a toda la ciudadanía, debe realizarse entre los cristianos de manera sistemática, puesto que la revelación no acontece al margen de la realidad. Es más, está intrínsecamente referida a ella.

La toma de conciencia del mensaje cristiano se hace profundizando cada vez más en la comprensión auténtica de la verdad revelada. Pero esa toma progresiva de conciencia crece al ritmo de la emergencia de las experiencias humanas, individuales y colectivas. Por eso, la fidelidad de la Iglesia a la revelación tiene que ser y es dinámica. [...] La catequesis no puede, pues, ignorar en su renovación los cambios económicos, demográficos, sociales y culturales sufridos en América Latina (8, 5).

Asimismo, la responsabilidad cristiana con la realidad que debe ser humanizada de manera integral, obliga a volverse a ella. Ahí se encuentra el sentido de Medellín.

La Iglesia latinoamericana, reunida en la Segunda Conferencia General de su Episcopado, centró su atención en el hombre de este continente, que vive un momento decisivo de su proceso histórico. De este modo, ella no se ha “desviado”, sino que se ha “vuelto” hacia el hombre, consciente de que “para conocer a Dios es necesario conocer al hombre”. [...] La Iglesia ha buscado comprender este momento histórico del hombre latinoamericano a la luz de la Palabra, que es Cristo, en quien se manifiesta el misterio del hombre (Introducción, 1).

Por eso, los obispos declaran que “Nuestra misión pastoral es esencialmente un servicio de inspiración y de educación de las conciencias de los creyentes, para ayudarles a percibir las responsabilidades de su fe, en su vida personal y en su vida social” (1, 6). Esta responsabilidad llega hasta la participación en la política.

La carencia de una conciencia política en nuestros países hace imprescindible la acción educadora de la Iglesia, con objeto de que los cristianos consideren su participación en la vida política de la Nación como un deber de conciencia y como el ejercicio de la caridad, en su sentido más noble y eficaz para la vida de la comunidad (1, 16).

De la misma manera que los obispos insistieron en la personalización, respecto de la región, también enfatizaron la conversión personal como el quicio de todo, respecto de los cristianos. Así lo establecen claramente, en el Mensaje que encabeza los documentos.

Durante estos días nos hemos congregado en la ciudad de Medellín, movidos por el Espíritu del Señor, para orientar una vez más, las tareas de la Iglesia en un afán de conversión y de servicio.

Hemos visto que nuestro compromiso más urgente es purificarnos en el espíritu del Evangelio todos los miembros e instituciones de la Iglesia Católica. Debe terminar la separación entre la fe y la vida, porque en Cristo Jesús lo único que cuenta es “la fe que obra por medio del amor”.

En consecuencia, la conversión, según los obispos, se manifiesta en el servicio. Es claro que ese es el espíritu del evangelio, al cual se remiten, porque Jesús ha venido no a ser servido, sino a servir hasta dar la vida. Esa es la expresión de la fe que obra por el amor. Por esa razón, los obispos subrayan que “el gesto litúrgico no es auténtico si no implica un compromiso de caridad, un esfuerzo siempre renovado por sentir como siente Cristo Jesús, y una continua conversión” (9, 3).

En el ambiente en el cual nos movemos, es claro que el sentido de la conversión ha de entrañar la superación del individualismo y la adquisición del sentido social: “Una sincera conversión ha de cambiar la mentalidad individualista en otra de sentido social y preocupación por el bien común” (14, 17).

Esta llamada a la conversión, mediante “una vivencia más plena del Evangelio”, es por eso un elemento fundamental de la pastoral popular, “para lograr una personalización y vida comunitaria” (6, 15). Por consiguiente, se pide una pastoral que “Promueva constantemente una re-conversión y una educación de nuestro pueblo en la fe a niveles cada vez más profundos y maduros, siguiendo el criterio de una pastoral dinámica, que, en consonancia con la naturaleza de la fe, impulse al pueblo creyente hacia la doble dimensión personalizante y comunitaria” (6, 8; *cfr.* 6, 15).

4. Personalización y solidaridad

La propuesta de personalización y concientización, dirigida a la sociedad, y la de conversión, dirigida a los cristianos, siempre va unida a los procesos de personalización y solidaridad, de tal manera que ambos forman una endíadis, es decir, expresan un único concepto mediante dos términos coordinados, una misma realidad, a través de los dos factores que la componen, razón por la cual constituyen dos facetas de lo mismo.

Los seres humanos tenemos tres facetas: somos individuos, con una realidad una e indivisible; somos sujetos, esto es, autores y responsables de nuestra vida; y somos personas, o sea, respectivos desde nuestra genuinidad. De la misma manera en que las personas divinas son “relaciones subsistentes”, también nosotros lo somos a imagen suya. Hacemos justicia a nuestra realidad cuando nos relacionamos con los demás de manera horizontal y gratuita. Las dos relaciones

que personalizan a los cristianos son las de hijos y las de hermanos. Por eso, la personalización se expresa como respectividad positiva. Y cuando vivimos en una situación de violencia institucional y, por tanto, sin respectividad o de respectividad negativa institucionalizada, la respectividad positiva se expresa como la transformación de esas instituciones o como la construcción de unas relaciones que, al menos, incluyan positivamente a los excluidos y tratados injustamente.

Los obispos llaman a este proceso *socialización*.

La socialización, entendida como proceso sociocultural de personalización y solidaridad crecientes, nos induce a pensar que todos los sectores de la sociedad, pero en este caso, principalmente el sector económico social, deberán superar, por la justicia y la fraternidad, los antagonismos, para convertirse en agentes del desarrollo nacional y continental (1, 13).

Lo más significativo de esta cita es que los obispos perciban la personalización y la solidaridad en relación directamente proporcional y que los diversos actores, que aparecen enfrentados, tienen que aprender a actuar en sinergia.

No existe nada más opuesto, en el sentido preciso de alternativo superador, al capitalismo, que confunde la individualidad y la subjetividad con la personalización, y al socialismo, que concibe la relacionalidad no desde la propia genuinidad, sino pautada por el Estado y el partido. La asunción plena de la individualidad y de la condición de sujetos, expresada en relaciones fraternas, en sinergias, a favor del bien común, donde se realizan los bienes personales, constituye el auténtico proceso, tanto de personalización como de socialización. Es la alternativa que tiene que abrirse paso ante la evidencia, cada día más clamorosa, del fracaso tanto del capitalismo, un fracaso humano y un vaciamiento personal, como del socialismo, que ha colapsado ahí donde ha sido aplicado. Dicho en otros términos, la libertad y la igualdad solo pueden realizarse sin que una sacrifique a la otra, cuando las armoniza la fraternidad. Este es el núcleo de la propuesta cristiana, imprescindible, si queremos que no naufrague la calidad humana y aun la vida misma.

Así, pues, Medellín esboza un cuerpo social en el cual la individuación crece de manera directamente proporcional a la participación solidaria. Por eso, la socialización no es concebida como internalización de pautas preestablecidas, emanadas desde el poder, sino como la ayuda que la comunidad presta a cada uno de sus miembros para que descubra su puesto en ella y se capacite para ocuparlo con creatividad. Correspondientemente, la pastoral vocacional no tiene ya como objetivo primordial asegurar la continuidad institucional, sino lograr que la totalidad del cuerpo eclesial —tanto su expresión básica común como sus diversos servicios y oficios— mantenga dinámicamente su condición carismática, es decir, que no sea una masa informe, sino un cuerpo vivo, altamente personalizado.

La necesidad de personalizar a la sociedad y a todos los bautizados, de manera que no haya elementos pasivos en la Iglesia, resulta patente. De aquí se derivan tanto la importancia de la educación de base, de adultos y para el trabajo, como la catequesis personalizada, referida a la realidad para discernirla. Aunque la catequesis es para todos, los obispos mencionan de manera especial la de adultos.

La importancia de la transformación de la educación se fundamenta en el juicio sobre su situación actual.

Los métodos didácticos están más preocupados por la transmisión de los conocimientos que por la creación [...] de un espíritu crítico. Desde el punto de vista social, los sistemas educativos están orientados al mantenimiento de las estructuras sociales y económicas imperantes, más que a su transformación (4, 4).

Por esa razón, los obispos apuestan por una educación que llaman liberadora.

Nuestra reflexión sobre este panorama, nos conduce a proponer una visión de la educación, más conforme con el desarrollo integral que propugnamos para nuestro continente; la llamaríamos la “educación liberadora”; esto es, la que convierte al educando en sujeto de su propio desarrollo (4, 8).

Además, esto no solo es válido para los niños y los jóvenes, sino para todos.

Esta Conferencia Episcopal hace un llamado a los responsables de la educación para que ofrezcan las oportunidades educativas a todos los hombres en orden a la posesión evolucionada de su propio talento y de su propia personalidad, a fin de que, mediante ella, logren por sí mismos su integración en la sociedad, con plenitud de participación social, económica, cultural, política y religiosa (4, 11).

Según esta declaración, el objetivo es que la personalización conduzca a la participación activa, creativa y solidaria en todos los niveles. La educación de base debe orientarse hacia este objetivo para que una creciente cantidad de personas no se quede descolgada, sino que todas ellas sean agentes del desarrollo integral.

La Iglesia toma conciencia de la suma importancia de la Educación de Base. En atención al gran número de analfabetos y marginados en América Latina, la Iglesia, sin escatimar sacrificio alguno, se comprometerá a la Educación de Base, la cual aspira no sólo a alfabetizar, sino a capacitar al hombre para convertirlo en agente consciente de su desarrollo integral (4, 16).

Esto que la educación debe lograr en la sociedad, la catequesis, a su vez, debe conseguirlo entre los cristianos. “Frente a un mundo que cambia y frente al actual proceso de maduración de la Iglesia en América Latina, el Movimiento Catequístico siente la necesidad de una profunda renovación” (8, 1). La renovación pedida debe integrar la fidelidad al evangelio y la orientación de las

personas al desarrollo integral. “Es tarea de la catequesis ayudar a la evolución integral del hombre, dándole su auténtico sentido cristiano, promoviendo su motivación en los catequizados y orientándola para que sea fiel al Evangelio” (8, 7).

La unidad de estos aspectos estriba en que la liberación que nos consiguió Jesucristo contiene la verdadera liberación humana. Esta liberación desborda las liberaciones históricas, pero las incluye.

La catequesis actual debe asumir totalmente las angustias y esperanzas del hombre de hoy, a fin de ofrecerle las posibilidades de una liberación plena, las riquezas de una salvación integral en Cristo, el Señor. Por ello debe ser fiel a la transmisión del Mensaje bíblico, no solamente en su contenido intelectual, sino también en su realidad vital encarnada en los hechos de la vida del hombre de hoy (8, 6).

Esta unión, que no identidad, entre lo verdaderamente humano y Jesucristo debe ser claramente enfatizada por la catequesis.

Sin caer en confusiones o en identificaciones simplistas, se debe manifestar siempre la unidad profunda que existe entre el proyecto salvífico de Dios, realizado en Cristo, y las aspiraciones del hombre; entre la historia de la salvación y la historia humana; entre la Iglesia, Pueblo de Dios, y las comunidades temporales; entre la acción reveladora de Dios y la experiencia del hombre; entre los dones y carismas sobrenaturales y los valores humanos (8, 4).

La catequesis integral debe realizarse de manera diferenciada, en todo tipo de personas, porque la Iglesia no puede abandonar a nadie. “Evangelizar y catequizar masas innumerables de gentes sencillas, frecuentemente analfabetas; y, al mismo tiempo, responder a las necesidades de los estudiantes y de los intelectuales que son las porciones más vivas y dinámicas de la sociedad” (8, 3).

5. Una sociedad y una Iglesia participativas

Los obispos proponen para el continente latinoamericano una sociedad participativa, donde todos, no solo las clases dominantes, sean sujetos. Para la Iglesia, proponen lo mismo: una Iglesia participativa, donde todos los bautizados, no solo la institución eclesiástica, sean sujetos. Así, piden pasar de una Iglesia identificada con la institución eclesiástica a una Iglesia pueblo de Dios personalizado, conformada por bautizados conscientes y comprometidos.

La propuesta está expresada como tesis: “ningún sector debe reservarse en forma exclusiva la conducción política, cultural, económica y espiritual. Los que poseen el poder de decisión han de ejercerlo en comunión con los anhelos y opciones de la comunidad” (Mensaje a los Pueblos de América Latina). Enseguida, en el mismo Mensaje, señalan la “escasa participación del pueblo en la gestión del bien común”. En relación con ello, anotan que

“poblaciones enteras faltas de lo necesario, viven en una tal dependencia que les impide toda iniciativa y responsabilidad, lo mismo que toda posibilidad de promoción cultural y de participación en la vida social y política” (*Populorum progressio*, 30), violándose así derechos fundamentales (2, 16).

Al hablar de las élites, observan que los desarrollistas, que llevan la voz cantante, “ponen más énfasis en el progreso económico que en la promoción social del pueblo, en vista de la participación de todos en las decisiones que interesan al orden económico y político” (7, 7). En concreto, los trabajadores “no son incorporados con toda la proyección de su ser humano, mediante ‘la activa participación de todos en la gestión de la empresa, según formas que habrá que determinar con acierto’ (*GS*, 68)” (1, 11). Respecto a la juventud, denuncian que “la imposibilidad de participación en la vida de la sociedad, provoca en ella una cierta obligada marginalidad” (5, 1).

Esto es más injusto y doloroso, porque “con el desarrollo cultural, económico y social, se consolida en la mayoría el deseo de participar más plenamente en la ordenación de la comunidad política” (7, 21). “Nuestros pueblos aspiran a su liberación y a su crecimiento en humanidad, a través de la incorporación y participación de todos en la misma gestión del proceso personalizador” (Mensaje). Y más específicamente, la juventud “busca participar activamente, asumiendo nuevas responsabilidades y funciones, dentro de la comunidad latinoamericana” (5, 1).

Por eso, los obispos hacen un llamado, “en primer lugar, a los que tienen una mayor participación en la riqueza, en la cultura o en el poder” (2, 17), para que no retengan egoístamente sus privilegios, sino que permitan esa participación justa y ansiada. Los obispos no desean la confrontación como alternativa a la participación negada, sino “que las transformaciones necesarias se realicen desde dentro, es decir, mediante una conveniente toma de conciencia, una adecuada preparación y esa efectiva participación de todos” (2, 15).

La participación ha de acontecer, ante todo, en las organizaciones intermedias, según el principio de subsidiaridad.

Estimamos que las comunidades nacionales han de tener una organización global. En ellas toda la población, muy especialmente las clases populares, han de tener, a través de estructuras territoriales y funcionales, una participación receptiva y activa, creadora y decisiva, en la construcción de una sociedad. Esas estructuras intermedias entre la persona y el Estado deben ser organizadas libremente, sin indebida intervención de la autoridad o de grupos dominantes, en vista de su desarrollo y su participación concreta en la realización del bien común total. Constituyen la trama vital de la sociedad. Son también la expresión real de la libertad y de la solidaridad de los ciudadanos (1, 7).

Los obispos mencionan expresamente las organizaciones sindicales y las educativas. Las primeras “tendrán una fuerza solidaria y responsable, para

ejercer el derecho de representación y participación en los niveles de producción y de la comercialización nacional, continental e internacional” (1, 12). A las segundas “es urgente ayudarlas a tomar conciencia de sus deberes y derechos, y facilitarles la participación directa en las actividades y aun en la organización de los centros docentes, a través de las Asociaciones de Padres de Familia” (4, 12).

Muy certeramente, los obispos insisten “en la necesidad de vitalizar y fortalecer la organización municipal y comunal” (1, 16), como punto de partida para la participación política regional y nacional. En la actualidad, es en este ámbito donde se observan los intentos más serios para sanear la política y ejercer, a la vez, una genuina representación y participación activa. Asimismo, aquí es donde los partidos del orden establecido ejercen su dominio aplastante, tanto que se tiende a abandonar la esperanza o las mediaciones asimétricas, lo cual deja sin alternativas a las políticas populistas.

En el área económica, la representación genuina de los trabajadores debería participar no solo en el nivel de la producción, sino también “en los niveles políticos, sociales y económicos donde se toman las decisiones que se refieren al bien común” (1, 12). Este aspecto tan significativo es el más neutralizado en la actualidad, hasta el extremo de ser casi inexistente, a pesar de que fue el pivote de todas las luchas populares a lo largo de casi dos siglos.

La necesidad de promover la participación en la Iglesia se deriva de que es un misterio de comunión. En ella, todos comparten la misma dignidad de hijos de Dios y de hermanos en Cristo. Por tanto, todos deben compartir la responsabilidad y el trabajo.

La Iglesia es ante todo un misterio de comunión católica, pues en el seno de su comunidad visible, por el llamamiento de la Palabra de Dios y por la gracia de sus sacramentos, particularmente de la Eucaristía, todos los hombres pueden participar fraternalmente de la común dignidad de hijos de Dios, y todos también, compartir la responsabilidad y el trabajo para realizar la común misión de dar testimonio del Dios que los salvó y los hizo hermanos en Cristo (15, 6).

Ahora bien, los obispos captan que con frecuencia la institución eclesíástica acapara todo. En concreto, reconocen “la inadecuación de la estructura tradicional en muchas parroquias para proporcionar una vivencia comunitaria” y la “sensación bastante generalizada de que las curias diocesanas son organismos burocráticos y administrativos” (15, 4). Por esas razones, se hacen cargo del “deseo de los laicos de participar en las estructuras pastorales de la Iglesia” (15, 3). De manera más específica, admiten que “frecuentemente los jóvenes identifican a la Iglesia con los obispos y los sacerdotes. Al no haberseles llamado a una plena participación en la comunidad eclesial, no se consideran ellos mismos Iglesia” (5, 5). En consecuencia, declaran que la Iglesia “quiere [aceptar a la

juventud] con gozo en su seno y en sus estructuras y promoverla hacia una activa participación en las tareas humanas y espirituales” (5, 13), para lo cual proponen una labor propedéutica. “Esta pastoral ha de tender a la educación de la fe de los jóvenes a partir de su vida, de modo que les permita su plena participación en la comunidad eclesial, asumiendo consciente y cristianamente su compromiso temporal” (5, 14).

No obstante, la educación de los jóvenes y, más en general, del laicado no se dirige solo a su participación en la Iglesia, sino también a su compromiso con la sociedad, como un deber cristiano. “Para promover el desarrollo integral del hombre formará a los laicos y los animará a participar activamente con conciencia cristiana en la técnica y elaboración del progreso” (11, 19). La participación solidaria debe llegar al nivel político.

La carencia de una conciencia política en nuestros países hace imprescindible la acción educadora de la Iglesia, con objeto de que los cristianos consideren su participación en la vida política de la Nación como un deber de conciencia y como el ejercicio de la caridad, en su sentido más noble y eficaz para la vida de la comunidad (1, 16).

En un nivel más global, la salud del cuerpo eclesial depende, al igual que la de toda la sociedad, del equilibrio de los flujos comunicacionales ascendentes y descendentes, entre la comunidad y los pastores. “Para que dicha abertura sea efectiva y no puramente jurídica, tiene que haber comunicación real, ascendente y descendente, entre la base y la cumbre” (15, 8). Por eso, se proponen crear “nuevas estructuras en la Iglesia que institucionalicen el diálogo y canalicen la colaboración entre obispos, sacerdotes, religiosos y laicos” (Mensaje). En este contexto de participación, el documento sobre la pastoral de conjunto (15) es especialmente paradigmático, porque recoge de manera orgánica tanto el espíritu que anima a esta dimensión cristiana como los cauces institucionales que la expresan.

Desde la correspondencia entre una sociedad y una Iglesia participativas, queremos llamar la atención sobre otra correspondencia muy significativa, ya que se trata de dos instituciones básicas para cada una de ellas. Por un lado, los obispos conciben la empresa como comunidad de todos los que intervienen en ella. La empresa no pertenece solo al propietario, ni está solo a su servicio. Por otro lado, la parroquia es la comunidad de todos los bautizados. Por tanto, en ella deben participar todos ellos. La parroquia no es propiedad del párroco, tal como piensan muchos.

6. Consecuencias de la correspondencia entre la sociedad y la Iglesia

Si bien los obispos solicitan la participación de todos, en particular, de quienes tienen más poder y responsabilidad, ya sea por razones de orden económico o de

conocimiento, también constatan que en estos grupos privilegiados “se observa más frecuentemente una insensibilidad lamentable [...] frente a la miseria de los sectores marginados” (2, 5). Por esa razón, al dirigirse a los sectores populares, expresan su deseo de que “el dinamismo del pueblo concientizado y organizado se ponga al servicio de la justicia y de la paz” (2, 14); y, más concretamente,

la justicia y, consiguientemente, la paz se conquistan por una acción dinámica de concientización y de organización de los sectores populares, capaz de urgir a los poderes públicos, muchas veces impotentes en sus proyectos sociales sin el apoyo popular (2, 14).

De todo esto se deriva la decisión de más alcance de la asamblea episcopal: “Alentar y favorecer todos los esfuerzos del pueblo por crear y desarrollar sus propias organizaciones de base, por la reivindicación y consolidación de sus derechos y por la búsqueda de una verdadera justicia” (2, 27). Cabe observar que los destinatarios de esta decisión, esto es, quienes se comprometen a ejecutarla, son los propios obispos, pero sin que ello signifique sustituir al pueblo. El papel de los obispos es alentar y favorecer los esfuerzos del pueblo: alentar su carácter de sujeto. Esto solo es realizable desde la cercanía sistemática y cordial, y desde la pertenencia verdaderamente orgánica, como la de los obispos más consecuentes: de Hélder Câmara a Mons. Romero, pasando por Angelelli o Alvear, y muchísimos otros. A todos ellos, Comblin los llama, con toda justicia, nuestros verdaderos padres de la Iglesia latinoamericana. Estos son los modernos, para distinguirlos de los padres fundadores, desde Las Casas hasta Tata Vasco o Toribio de Mogrovejo³.

A la necesidad de reestructurar la sociedad, a partir de las comunidades de base, corresponde la decisión de estructurar la Iglesia, a partir de las comunidades eclesiales de base. Así como los obispos antes habían insistido en ayudar al pueblo a crear y consolidar sus propias organizaciones de base, ahora insisten en que la comunidad cristiana de base es la célula inicial de la estructuración eclesial. El cristiano ha de encontrar en ella la vivencia de comunión a la que ha sido llamado por Dios.

La comunidad cristiana de base es así el primero y fundamental núcleo eclesial, que debe, en su propio nivel, responsabilizarse de la riqueza y la expansión de la fe, como también del culto que es su expresión. Ella es, pues, célula inicial de estructuración eclesial, y foco de la evangelización, y actualmente factor primordial de promoción humana y desarrollo (15, 10).

3. J. Comblin, “Saudades da América Latina”, en *A esperança dos pobre vive*, pp. 719-732 (São Paulo: Paulus, 2003); y “Los obispos de Medellín”, en *10 palabras sobre la Iglesia en América Latina*, pp. 41-77 (Pamplona: Verbo Divino, 2003).

Desde ese punto de partida, los obispos piden “hacer de la parroquia un conjunto pastoral vivificador y unificador de las comunidades de base. Así, la parroquia ha de descentralizar su pastoral” (15, 13).

La Iglesia ya existente no solo debe reestructurarse para reconfigurarse comunitariamente, sino que, además, la evangelización y la catequesis deben tener como objetivo la constitución de comunidades cristianas. Por consiguiente, la catequesis “no puede limitarse a las dimensiones individuales de la vida. Las comunidades cristianas de base, abiertas al mundo e insertadas en él, tienen que ser el fruto de la evangelización, así como el signo que confirma con hechos el Mensaje de Salvación” (8, 10). “Para la necesaria formación de estas comunidades, que se ponga en vigencia cuanto antes el diaconado permanente y se llame a una participación más activa en ellas a los religiosos, religiosas, catequistas especialmente preparados y apóstoles seculares” (6, 14).

6.1. Planificación participativa y pastoral de conjunto

Asimismo, es patente la correspondencia entre la propuesta de planificación integral y participativa para la sociedad y la de la pastoral de conjunto para la Iglesia, a partir de las comunidades eclesiales de base. La planificación es necesaria para los cristianos, porque la realidad no puede ser dejada al azar, ni a la lucha de todos contra todos. Dios quiere que la humanidad se constituya en una sola familia de pueblos. Las aspiraciones y los clamores de los pueblos latinoamericanos son un signo de este plan divino.

A la luz de la fe que profesamos como creyentes, hemos realizado un esfuerzo para descubrir el plan de Dios en los “signos de nuestros tiempos”. Interpretamos que las aspiraciones y clamores de América Latina son signos que revelan la orientación del plan divino operante en el amor redentor de Cristo que funda estas aspiraciones en la conciencia de una solidaridad fraterna (Mensaje).

El plan es indispensable, porque en la institucionalidad vigente no cabemos todos. “En lo económico se implantaron sistemas que contemplan solo las posibilidades del sector con alto poder adquisitivo” (1, 2). Así lo proclamó ya el papa, en la inauguración de la asamblea episcopal.

No podemos ser solidarios con sistemas y estructuras que encubren y favorecen graves y opresoras desigualdades entre las clases y los ciudadanos de un mismo país, sin poner en acto un plan efectivo para remediar las condiciones insostenibles de inferioridad que frecuentemente sufre la población menos pudiente.

Nosotros debemos favorecer todo esfuerzo honesto para promover la renovación y la elevación de los pobres y de cuantos viven en condiciones

de inferioridad humana y social (Discurso de Pablo VI, en la apertura de la Segunda Conferencia del Episcopado Latinoamericano).

Para ello es indispensable que se revisen los planes y se reorganicen las macroeconomías nacionales, salvando la legítima autonomía de nuestras naciones, las justas reivindicaciones de los países más débiles y la deseada integración económica del continente, respetando siempre los inalienables derechos de las personas y de las estructuras intermedias, como protagonistas de este proceso (1, 15).

En consecuencia, los cristianos tenemos que apoyar a los gobiernos que acepten planificar en bien de todos. En concreto, es necesario capacitar a los pueblos para que se desenvuelvan en condiciones no subordinadas y para que ejerzan la sana crítica, cuando los gobiernos se desvíen de esa meta o no pongan los medios adecuados para conseguirla.

La acción pastoral de la Iglesia estimulará a todas las categorías de ciudadanos a colaborar en los planes constitutivos de los gobiernos y a contribuir, también por medio de la crítica sana dentro de una oposición responsable, al progreso del bien común (7, 21).

De esa manera, se sintetiza el esfuerzo mancomunado y específico de cada uno de los sectores.

La imagen nueva del hombre latinoamericano exige un esfuerzo creador: los poderes públicos, promoviendo con energía las exigencias supremas del bien común; los técnicos, planificando los caminos concretos; las familias y educadores, despertando y orientando responsabilidades; los pueblos, incorporándose al esfuerzo de realización; el espíritu del Evangelio, animando con la dinámica de un amor transformante y personalizador (7, 21).

El punto de partida de la Iglesia es también la conciencia de la necesidad de renovar sus estructuras institucionales para ayudar a la sociedad en el plan de Dios, desde su propia especificidad.

Toda revisión de las estructuras eclesiales en lo que tienen de reformable, debe hacerse, por cierto, para satisfacer las exigencias de situaciones históricas concretas, pero también con los ojos puestos en la naturaleza de la Iglesia. La revisión que debe llevarse a cabo hoy en nuestra situación continental, ha de estar inspirada y orientada por dos ideas directrices muy subrayadas en el Concilio: la de comunión y la de catolicidad (15, 5).

La Iglesia, según los obispos, debe revisar periódicamente sus estructuras, para contribuir eficazmente a que la sociedad se configure como familia de Dios. En este sentido, la Iglesia es sacramento de la unidad del género humano.

Las estructuras eclesiales deben ser periódicamente revisadas y reajustadas en tal forma que pueda desarrollarse armoniosamente lo que se llama una Pastoral de conjunto: es decir, toda esa obra salvífica común exigida por la misión de la Iglesia en su aspecto global, “como fermento y alma de la sociedad que debe renovarse en Cristo y transformarse en familia de Dios” (15, 9).

En concreto, la actividad de las conferencias episcopales “ha de desenvolverse dentro de una auténtica Pastoral de conjunto y con planes de pastoral que responda siempre a la realidad humana y a las necesidades religiosas del Pueblo de Dios” (15, 23).

También la vida religiosa ha de revisar sus estructuras con vistas al mismo objetivo.

Los cambios provocados en el mundo latinoamericano por el proceso del desarrollo y, por otra parte, los planes de pastoral de conjunto, a través de los cuales la Iglesia de América Latina quiere encarnarse en nuestras concretas realidades de hoy, exigen una revisión seria y metódica de la vida religiosa y de la estructura de la comunidad. Esta es una condición indispensable para que los religiosos sean un signo inteligible y eficaz dentro del mundo actual (12, 7).

La adaptación comprende incluso aquello que parecería ser más intemporal en la Iglesia: la forma de administrar los sacramentos.

A fin de que los sacramentos alimenten y robustezcan la fe en la situación presente de Latinoamérica, se aconseja establecer, planificar e intensificar una pastoral sacramental comunitaria, mediante preparaciones serias, graduales y adecuadas para el bautismo (a los padres y padrinos), confirmación, primera comunión y matrimonio (9, 13).

Ya hemos insistido en que, para los obispos, esa planificación no puede llevarse a cabo en cenáculos cerrados de especialistas, sino que tiene que comprender a todo el pueblo de Dios y arrancar desde su base.

La comunidad cristiana de base es así el primero y fundamental núcleo eclesial, que debe, en su propio nivel, responsabilizarse de la riqueza y expansión de la fe, como también del culto que es su expresión. Ella es, pues, célula inicial de estructuración eclesial, y foco de la evangelización, y actualmente factor primordial de promoción humana y desarrollo (15, 10).

Así, pues, la planificación debe realizarse de tal manera que, tal como dijimos al hablar de la participación, los flujos comunicativos de la institución a la base y de la base a la institución sean equilibrados. Por eso, los obispos se proponen crear “nuevas estructuras [...] que institucionalicen el diálogo y canalicen la colaboración entre obispos, sacerdotes, religiosos y laicos” (Mensaje).

6.2. Diversidad de culturas e inculturación de la pastoral

Otra correspondencia acontece entre la adaptación de las expresiones societas, según las diversas culturas, y la inculturación de la pastoral. De hecho, la cultura figura explícitamente en casi todas las propuestas de los documentos de Medellín, tanto en los referidos a la sociedad como a la Iglesia.

Socialmente, el punto de partida es la constatación de que “la falta de integración sociocultural, en la mayoría de nuestros países, ha dado origen a la superposición de culturas” (1, 2). Por un lado, la cultura globalizada se impone, con “el imperialismo internacional del dinero”. Por otro lado, la cultura criolla, en el sentido preciso de occidental americana, se expresa, sobre todo, en las instituciones. Y finalmente, están las culturas populares. Los documentos mencionan las culturas indígenas, la afro-latinoamericana, la campesina y la suburbana. El orden establecido se expresa en las dos primeras. Ahora bien, los sectores populares también son seres culturales, sujetos de sus culturas, aun cuando el orden establecido no lo reconozca o solo reconozca culturas particulares o recesivas. Por esa razón, los obispos señalan la superposición de culturas.

En consecuencia, insisten muy agudamente en que la finalidad de la educación no puede ser de-culturar a los sujetos populares para que se asuman como parte de la cultura occidental, en condición subordinada, sino en convertirlos en sujetos conscientes de sus culturas, en las cuales deben integrarse los bienes civilizatorios de la cultura que se construye.

La tarea de educación de estos hermanos nuestros no consiste propiamente en incorporarlos a las estructuras culturales que existen en torno de ellos, y que pueden ser también opresoras, sino en algo mucho más profundo. Consiste en capacitarlos para que ellos mismos, como autores de su propio progreso, desarrollen de una manera creativa y original un mundo cultural, acorde con su propia riqueza y que sea fruto de sus propios esfuerzos (4, 3).

Ahora bien, los obispos son conscientes de que está en marcha un proceso de transformación cultural. Así, hablan, por ejemplo, del papel determinante de los modernos medios de comunicación y de la cultura de la imagen, que crea una cultura universal (8, 12). No podían ignorar este hecho, así como tampoco podían ignorar las diversas culturas existentes. De esa manera, constatan que hay

un proceso de transformación cultural y religiosa. La evangelización del continente experimenta serias dificultades, que se ven agravadas por la explosión demográfica, las migraciones internas, los cambios socio-culturales, la escasez de personal apostólico y la deficiente adaptación de las estructuras eclesiales (6, 2).

Los obispos captan que la juventud de su época, al igual que la actual, tiene una sensibilidad especial para asimilar estas novedades. Por eso, le piden hacerlo no de manera mimética, sino para revitalizar las culturas.

En efecto, frente a las culturas que muestran signos de vejez y caducidad, la juventud está llamada a aportar una revitalización; a mantener una “fe en la vida”, a conservar su “facultad de alegrarse con lo que comienza”. Ella tiene la tarea de reintroducir permanentemente el “sentido de la vida”. Renovar las culturas y el espíritu, significa aportar y mantener vivos nuevos sentidos de la existencia. La juventud está, pues, llamada a ser como una perenne “reactualización de la vida” (Mensaje del Concilio a los jóvenes, diciembre 8 de 1965) (5, 11).

Desde una perspectiva pastoral, los obispos comienzan reconociendo que “la fe, y por consiguiente la Iglesia, se siembran y crecen en la religiosidad culturalmente diversificada de los pueblos. Esta fe, aunque imperfecta, puede hallarse aun en los niveles culturales más bajos” (6, 5). Por consiguiente, en principio, la pastoral tiene que inculturarse. Así lo exige la ley de la encarnación, la más central del mensaje cristiano. En virtud de la encarnación, ningún cuerpo eclesial puede ensimismarse, sino que debe buscar la manera de echar raíces, cada vez más profundas, en el misterio de Dios revelado en Jesús, que lo funda. Y precisamente, como expresión de ese designio salvífico, el cuerpo eclesial trata de encarnarse solidariamente en el grupo humano del cual forma parte. Por eso, al referirse a la evangelización, los obispos insisten en que no basta con repetir el mensaje, sino que “hay que expresar incesantemente, de nuevas maneras, el ‘Evangelio’ en relación con las formas de existencia del hombre, teniendo en cuenta los ambientes humanos, éticos y culturales y guardando siempre la fidelidad a la Palabra revelada” (8, 15).

Adicionalmente, “las mismas transformaciones del continente exigen una revisión de esa pastoral, a fin de que se adapte a la diversidad y pluralidad culturales del pueblo latinoamericano” (6, 1).

La catequesis debe tener esto en cuenta. En efecto, “conviene [...] destacar la riqueza que debe existir en la diversidad de puntos de vista y de formas que se dan en la catequesis. Tanto más cuanto que ésta debe adaptarse a la diversidad de lenguas y de mentalidades y a la variedad de situaciones y culturas humanas” (8, 8). La liturgia también debe considerar la diversidad. En efecto, toda comunidad humana debe tener expresiones rituales que representen y actualicen simbólicamente su horizonte, su historia, su vida y su destino. Pero con frecuencia, esas liturgias se vuelven ceremonias meramente formales, ajenas a la emoción y al significado vital. Solo sirven para afirmar abiertamente el poder de una dirigencia descolgada, tanto de las raíces de la colectividad como de la comunidad viviente.

Ante esa realidad, Medellín pretende que los ritos y los símbolos eclesiales expresen realmente a las iglesias latinoamericanas. En concreto, la pasión de los pueblos crucificados, que aguardan un mundo donde habite la justicia. Mientras este llega, se esfuerzan por caminar hacia él, desde aquello que la historia ha

decantado como más genuino. En este sentido, la liturgia debe “encarnarse en el genio de las diversas culturas” (9, 7). Por eso, los obispos solicitan “que se confiera a las Conferencias episcopales facultades más amplias en materia litúrgica, a fin de poder realizar mejor las adaptaciones necesarias” (9, 10), y para que esas facultades sean ejercidas con solvencia, proponen crear “un servicio de investigación y formación [...] con vistas a la adaptación más profunda de la liturgia a las necesidades y culturas de América Latina” (9, 11).

6.3. Ceder privilegios y cambio de destinatario privilegiado

De la misma manera que los obispos exigen a las élites ceder sus privilegios para favorecer a los de abajo, deciden cambiar el destinatario privilegiado de la institución eclesiástica, su condición social y su ubicación. Esta correspondencia muestra la seriedad de los planteamientos episcopales. En efecto, los obispos latinoamericanos solicitan, en sentido estricto, emplazar a las élites económicas, sociales, intelectuales y políticas para que cedan sus privilegios y acepten un desarrollo integral, que beneficie a todos y del cual todos sean protagonistas. Por tanto, deben aceptar sacrificios indispensables, en aras del bien común. En definitiva, los obispos les piden realizar su condición definitiva de hermanos.

Esta exigencia se corresponde con la decisión que ellos mismos adoptan de bajar sustantivamente su nivel de vida, como expresión de su fraternidad, incluso de su pertenencia al mundo de los pobres. Más en concreto, de los pobres con espíritu, a quienes consideran como la riqueza y el corazón de la Iglesia. Este compromiso, que impregna todo el documento, se expresa sistemáticamente en el capítulo dedicado a la pobreza de la Iglesia, esto es, la pobreza de la institución eclesiástica y el desplazamiento de su lugar social. Esta propuesta de conversión estructural de la institución eclesiástica evita que el llamado a la justicia y la solidaridad, dirigido a las élites y sus instituciones, sea un contrasentido.

Por eso, los obispos, por un lado, denuncian la situación de pecado en la que vive el continente, que sacrifica a los pobres. Por tanto, piden una conversión hacia ellos, esto es, tomarlos en cuenta como seres humanos dignos, no explotarlos y contribuir a su promoción, y limitar el fastuoso nivel de vida, un verdadero insulto. Y, por otro lado, solicitan a la institución eclesiástica hacerse pobre e ir a los pobres y no discriminarlos. En vez de ello, debe discriminarlos positivamente. Este aspecto de la pobreza de la Iglesia es lo más sintomático de su reforma.

En esta misma línea, los obispos se hacen cargo de las quejas de la gente por la riqueza de la Iglesia. Más aún, reconocen que esa impresión es bastante generalizada (14, 2). En consecuencia, no solo dedican al tema un capítulo completo (14), sino que también hacen referencia sistemática a él en los demás (3, 11; 5, 15; 10, 13; 13, 11). Ya en el Mensaje insisten en que la necesidad de poner fin a la separación entre la fe y la vida “nos exige vivir una verdadera pobreza

bíblica que se exprese en manifestaciones auténticas, signos claros para nuestros pueblos. Sólo una pobreza así transparentará a Cristo, Salvador de los hombres, y descubrirá a Cristo, Señor de la historia”.

Los obispos expresan su deseo de aproximarse a los pobres y de apoyar a quienes trabajan con ellos (14, 11). En consecuencia, quieren que su habitación, vestido y estilo de vida sean sencillos (14, 2) para encarar, desde esas condiciones creíbles, su deber de solidaridad: hacer suyos sus problemas y luchas, denunciar la injusticia y la opresión, y luchar cristianamente contra la intolerable situación que soportan (14, 10). Asimismo, exhortan a los sacerdotes a dar testimonio de pobreza y de desprendimiento, y alientan a los que ya viven con los pobres y trabajan como ellos (14, 15) y a las comunidades religiosas encarnadas en esos ambientes (14, 16).

No satisfechos con esas exhortaciones, los obispos proponen reformas estructurales que institucionalicen la opción por los pobres. Ante todo, piden una redistribución “de los esfuerzos y del personal apostólico que dé preferencia efectiva a los sectores más pobres” (14, 19). Dado que el sistema arancelario es el origen de las desigualdades económicas del clero y de la imagen de lujo y aun de riqueza de la Iglesia, los obispos proponen reemplazar dicho sistema por otras formas de cooperación económica desligadas de los sacramentos (14, 13). Se trata de conseguir cierta equidad, que exprese la fraternidad de la comunidad sacerdotal. En concreto, piden crear un fondo común diocesano, incluso nacional, para el sustento y la seguridad social del clero (14, 15). En resumen, desean “que se presente cada vez más nítido en Latinoamérica el rostro de una Iglesia auténticamente pobre, misionera y pascual, desligada de todo poder temporal y audazmente comprometida en la liberación de todo el hombre y de todos los hombres” (5, 15).

Este recorrido sistemático pone de manifiesto que los obispos se tomaron en serio lo que decían, puesto que el discurso se lo dirigieron a sí mismos. Ellos son los destinatarios de sus propias propuestas, no solo como dirigentes que proponen, sino que también se las aplican a sí mismos como cristianos y dirigentes cristianos, y como ciudadanos latinoamericanos, porque creen en la profunda implicación entre la historia humana y la historia de la salvación, y entre la institución eclesiástica y las instituciones sociales.

Los obispos saben distinguir sin separar. En definitiva, son conscientes de que el Creador que da la vida histórica es el mismo que envió a su Hijo a salvarla desde dentro, humanamente. Por tanto, las instituciones y las estructuras, incluida la eclesiástica, pueden ser caminos y vehículos de salvación, pero no pueden contenerla, porque las desborda absolutamente. Por eso, no las absolutizan, pero tampoco las demonizan, sino que se empeñan en transformarlas para que sean cauces de humanización. Saben también que la humanización integral pasa por

la conversión a la vida fraterna de las hijas y los hijos de Dios, y por su acción en todos los ámbitos de la existencia, incluidos el religioso y el político.

* * *

En síntesis, en Medellín, los obispos latinoamericanos proponen una sociedad participativa, en la cual todos, y no solo las clases dominantes, sean sujetos. Lo mismo proponen para la Iglesia. Desean una Iglesia participativa, en la cual todos los bautizados, no solo la institución eclesiástica, sean sujetos.

En el ámbito latinoamericano, los obispos declaran que la transformación del continente, el tema de la asamblea, pasa por adensar a los sujetos. En el ámbito eclesial, desean pasar de una Iglesia identificada con la institución eclesiástica a otra que sea pueblo de Dios personalizado, conformado por bautizados conscientes y comprometidos.

En el ámbito social, los obispos desean el florecimiento de las asociaciones intermedias, mientras que en el ámbito eclesial, piden que la Iglesia, en lugar de ser una masa inorgánica, se convierta en una comunidad articulada. En la realidad social, las asociaciones fundamentales son las de base, y en la realidad eclesial, las comunidades eclesiales de base, a partir de las cuales se debe articular la Iglesia.

Esta subjetualidad social solo es posible, según los obispos, mediante la educación en todos los niveles, desde la primaria hasta la formación permanente. En el caso de los adultos, proponen una educación concientizadora, que lleve a la participación responsable. En el ámbito eclesial, piden una catequesis no meramente doctrinaria, sino que también introduzca en el misterio de la salvación, revelado en la historia, para echarla conscientemente hacia adelante con el Espíritu de Dios.

En el ámbito sociopolítico, los obispos señalan la importancia decisiva de los jóvenes, mientras que en el cristiano, insisten en la necesidad de incorporarlos a la Iglesia como sujetos.

En el ámbito del desarrollo integral autosostenido, proponen elaborar planes de desarrollo integral, mientras que en el eclesial, piden una pastoral de conjunto para impulsar el crecimiento orgánico de la Iglesia.

En la actualidad, las iglesias que se reforman desde las raíces cristianas y caminan hacia fraternidades participativas son iglesias solidarias con sus pueblos, pero en una situación más difícil y polarizada que la de hace cincuenta años. Igual que entonces, estas iglesias sienten la fuerza del Espíritu como esperanza, por encima de cualquier motivo de desesperanza.